

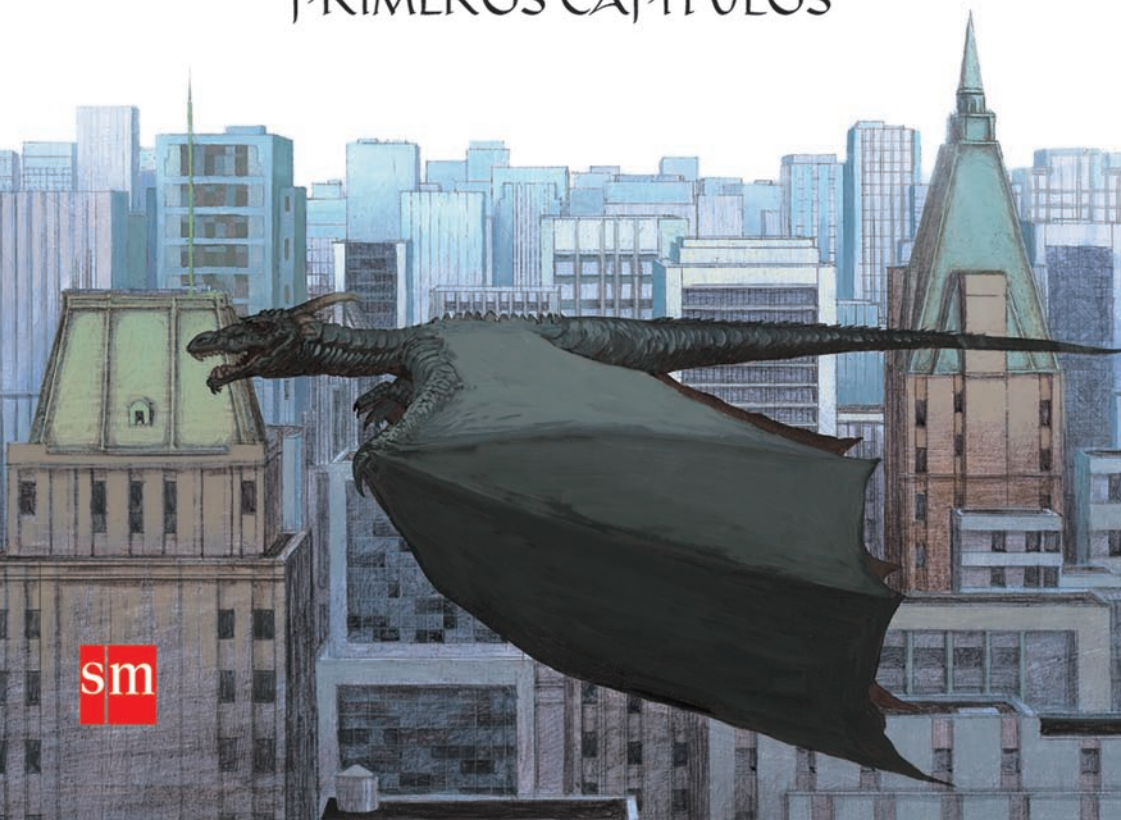


El Ejército Negro

III. EL REINO DE LA LUZ

Santiago García-Clairac

PRIMEROS CAPÍTULOS



sm

Santiago García-Clairac

TRILOGÍA

El Ejército Negro

EL EJÉRCITO NEGRO I: EL REINO DE LOS SUEÑOS.

ARTURO ADRAGÓN TIENE 14 AÑOS Y VIVE EN LA FUNDACIÓN, UNA BIBLIOTECA MEDIEVAL QUE PERTENECE A SU FAMILIA DESDE TIEMPOS INMEMORIALES. SUS COMPAÑEROS DE CLASE SE BURLAN DE ÉL, A CAUSA DE UN EXTRAÑO DIBUJO CON FORMA DE DRAGÓN QUE CUBRE SU ROSTRO. POCOS SABEN, SIN EMBARGO, QUE ARTURO TIENE EL CUERPO LLENO DE LETRAS Y QUE, CUANDO ESTÁ EN PELIGRO, TANTO ESTAS COMO EL DRAGÓN COBRAN VIDA PARA PROTEGERLE. LAS LETRAS APARECIERON EN SU CUERPO LA NOCHE EN QUE NACIÓ CUANDO, SU MADRE SE PUSO DE PARTO EN EGIPTO, EN EL TRANScurso DE UN TRABAJO DE INVESTIGACIÓN DE SU PADRE. ASUSTADOS, SOLOS, SIN MEDIOS Y, A FALTA DE UNA PROTECCIÓN MEJOR, LOS PADRES DE ARTURO ENVOLVIERON SU CUERPO CON EL MANUSCRITO DE ARQUIMAES, EL GRAN ALQUIMISTA MEDIEVAL. AQUELLA NOCHE, ARTURO QUEDÓ MARCADO Y NO SOLO POR LA MÁGICA CALIGRAFÍA DE ARQUIMAES. TAMBIÉN FUE LA NOCHE EN QUE MURIÓ SU MADRE. PERO A ARTURO TAMBIÉN LE OCURRE ALGO EXCEPCIONAL: SUS SUEÑOS SON TAN VÍVIDOS QUE YA NO SABE DISTINGUIR DÓNDE ESTÁ LA FRONTERA ENTRE EL SUEÑO Y LA REALIDAD. EN SUS SUEÑOS, ARTURO ES UN CABALLERO MEDIEVAL, BENDECIDO POR ARQUIMAES, EL ALQUIMISTA, CON EL DON DE LA INMORTALIDAD Y CON UN ÚNICO PROPÓSITO: INSTAURAR UN REINO DE JUSTICIA Y PROSPERIDAD. EN LA REALIZACIÓN DE ESTE SUEÑO, ARTURO DEBERÁ ENFRENTARSE AL MALVADO Y SIN ESCRÚPULOS CONDE MORFIDIO Y A DEMÓNICUS, HECHICERO TENEBROSO Y PADRE DE ALEXIA, A QUIEN ARTURO MATARÁ POR ERROR... DESPUÉS DE HABERSE ENAMORADO DE ELLA.

EL EJÉRCITO NEGRO II: EL REINO DE LA OSCURIDAD

LA FUNDACIÓN ESTÁ EN PELIGRO. EL SEÑOR STROMBER, UN PRESTIGIOSO ANTICUARIO Y MEDIEVALISTA HA ENGAÑADO A LOS ADRAGÓN PARA HACERSE CON EL CONTROL DE LA BIBLIOTECA MEDIEVAL. ESTÁ DISPUESTO A TODO CON TAL DE POSEER LOS SECRETOS QUE SE OCULTAN BAJO LOS CIMIENTOS DEL EDIFICIO. ARTURO CUENTA CON LA AYUDA DE SUS AMIGOS, PATACOJA, UN ARQUEÓLOGO VENIDO A MENOS, SOMBRA UN MISTERIOSO MONJE Y, POR SUPUESTO METÁFORA, SU COMPAÑERA DE CLASE CON QUIEN, DESPUÉS DE TANTO TIRA Y AFLOJA, PARECE QUE VA ENCAUZANDO SU AMISTAD. PERO EN SU LUCHA POR PRESERVAR LO QUE ES SUYO Y DE SU FAMILIA, ARTURO PRONTO DESCUBRIRÁ QUE HAY ALGO MÁS QUE SU VIDA EN PELIGRO. EN LA EDAD MEDIA, EN EL MUNDO DE LOS SUEÑOS, ARTURO SE ADENTRA EN EL ABISMO DE LA MUERTE CON EL FIRME PROPÓSITO DE RESCATAR A ALEXIA DEL INFRA-MUNDO. MOMENTO QUE SUS ENEMIGOS APROVECHARÁN PARA PONER AL EJÉRCITO NEGRO EN UN SERIO BRETE. CONCLUIDA SU MISIÓN CON ÉXITO, ARTURO TENDRÁ QUE ENFRENTARSE A DOS DRAMAS TERRIBLES QUE PONDRÁN A PRUEBA SU CAPACIDAD DE SUPERACIÓN. EN UNA JUGADA TRAICIONERA, EL CONDE MORFIDIO LE DEJARÁ CIEGO Y DEMÓNICUS, INCAPAZ DE SOPORTAR LA IDEA DE QUE SU HIJA SE VUELVA UNA DEFENSORA DE LA ALQUIMIA, MATARÁ DE NUEVO A ALEXIA. NADIE, NI SIQUIERA ARQUIMAES, PODRÁ AYUDAR A ARTURO EN ESTA OCASIÓN... ¿O PUEDE QUE TODAVÍA HAYA ESPERANZA? LA HAY, Y ARTURO, A PESAR DE SU CEGUERA, DEBERÁ PARTIR EN SU BÚSQUEDA.



El Ejército Negro

III. EL REINO DE LA LUZ



I

EL VIAJE DE ARTURO

LA página más gloriosa de la leyenda de Arturo Adragón, rey de Arquimia y jefe del Ejército Negro, empezó a escribirse el día en que, a pesar de su ceguera, partió en busca de Arquitamius para que le ayudara a resucitar a Émedi y a Alexia.

Después de la encarnizada batalla de Demónika, Arturo había caído en un oscuro pozo, repleto de recuerdos tenebrosos, y se había encerrado en sí mismo. Allí pasaba horas luchando contra sus propios fantasmas, con los que mantenía una dura contienda.

El joven caballero partió en compañía de Crispín, su fiel escudero.

Siguiendo el consejo de Arquimaes, ambos cabalaron hacia el Sur, hasta que llegaron a un territorio conocido como Tierra de Fuego, que formaba parte del reino de Rugiano.

Una noche, después de una dura jornada, acamparon al abrigo de una formación rocosa que ofrecía una protección excelente.

–Esta tierra está maldita –advirtió Crispín–. El cielo está oscuro, la luna apenas se distingue y las estrellas están escondidas.

–Ya no importa –respondió el caballero Adragón, con un tono de amargura–. Mis estrellas son Alexia y Émedi, y temo que nunca volveré a verlas.

–Encontraremos a Arquitamius. Él te las devolverá y te dará la luz que necesitas.

–Será difícil encontrarlo en estas condiciones. Tierra de Fuego es un verdadero infierno. Y por si fuera poco –añadió Arturo–, dicen que el rey Rugiano está sediento de sangre.

–Nuestra misión no es sencilla –reconoció Crispín–. Pero la llevaremos a cabo.

Después de cenar, se acostaron bajo el techo de piedra junto a una hermosa fogata y se envolvieron con gruesas mantas para protegerse del intenso frío de la noche.

–¿Qué haces, Crispín? –preguntó Arturo–. ¿A qué se debe ese ruido que nos acompaña cada noche?

–Estoy tallando una espada de madera –explicó el muchacho–. Es una copia de la que Arquimaes te regaló.

–¿Estás haciendo una réplica de la espada alquímica? Déjame tocarla. A ver si soy capaz de reconocerla.

Arturo cogió la talla con la mano derecha y pasó sus dedos por la empuñadura.

–Es una obra de arte. La cabeza de Adragón es perfecta. ¿Para qué la quieres?

–Algún día espero ser caballero, como tú. Y formar parte del Ejército Negro. Esta espada tallada me da esperanzas.

–Lo serás antes de lo que imaginas. Has crecido mucho y has aprendido las artes de la caballería. Ten paciencia.

–Sí, Alexander de Fer me enseñó...

Crispín se calló de golpe. Acababa de nombrar al traidor que Arturo odiaba con toda su alma.

–Perdona, Arturo. He hablado más de la cuenta.

–Sé que no lo has hecho a propósito –le disculpó–. Duerme tranquilo.

El escudero se recostó bajo la manta y se quedó quieto, mientras observaba en silencio cómo el joven caballero se disponía a dormir. Arturo, pese a vivir inmerso en la oscuridad, no podía conciliar el sueño. El nombre de Alexander le había despertado dolorosos recuerdos.

Se quitó la máscara de plata que Arquimaes le había prestado para ocultar su rostro quemado. Mientras la guardaba en la bolsa de piel, recordó, entre otros, a Alexia, Demónicus, Demónicia y Alexander. Todos vagaron como espectros enfurecidos en su desbordante imaginación.

Absolutamente agotado, Arturo cayó en la liberadora inconsciencia del sueño y entró en el mundo de la fantasía. Se hundió en un abismo profundo, donde los fantasmas convivían con los recuerdos, y durmió algunas horas, intranquilo y nervioso, bajo la mirada protectora de Crispín.

Al día siguiente siguieron su camino bajo una intensa lluvia. Arturo, que seguía perdido en sus recuerdos, parecía ausente.

–Anoche te oí hablar con alguien a quien querías mucho –dijo por fin el escudero.

–Lo habrás soñado.

–Hablabas mientras dormías –insistió Crispín–. Estoy seguro.

–¿Con quién?

–Con tu madre...

–Es lógico... –reconoció Arturo–. ¿Tú no hablas nunca con la tuya?

–Apenas la conocí. Pero, es verdad, a veces necesito hablar con ella.

–Todo el mundo habla con sus seres queridos. ¿Qué le pides a tu madre, Crispín?

–Le ruego que ayude a mi padre, ahora que ha perdido el brazo; y también que le dé fuerzas para seguir adelante.

–Es posible que yo también le pida algo a la mía.

–Puedes pedirle que nos envíe una pista para encontrar a Arquitamius. Nos ayudaría.

Arturo sonrió.

–Lo tendré en cuenta. Le rogaré que nos envíe un mapa para localizarle... Se lo diré de tu parte.

* * *

Muy lejos, el Ejército Negro caminaba trabajosamente bajo una densa lluvia que dificultaba su marcha. El caballero Leónidas, que sustituía a Arturo, iba en cabeza. Más atrás, Arquimaes vigilaba los dos carros que transportaban los ataúdes de Alexia y Émedi, caídas durante la batalla de Demónika. La reina había muerto a manos de la princesa Alexia, quien, a su vez, había sido asesinada por Demónica, su propia madre. Las dos muertes habían supuesto un drama tanto para Arquimaes como para Arturo.

Los emedianos se dirigían ahora hacia Ambrosia. Allí Arquimaes protegería los cuerpos sin vida de Émedi y Alexia de cualquier ataque imprevisto por parte de los demoniquianos o de la propia Demónica, que había jurado venganza.

El alquimista tenía intención de esconder ambos cuerpos en las profundidades de la gruta de las rocas negras, donde estarían a salvo.

Ahora, después de la conquista de la fortaleza demoniquiana, y tras haber ayudado a Arturo a penetrar en ella, Rías se encontraba solo y abandonado. Tenía que hacer algo con su vida, y quizá por eso empezó a acariciar la idea de trabajar con el alquimista.

* * *

Arturo y Crispín vagaron durante muchos días en busca de alguna pista que pudiera llevarles hasta Arquitamius, pero siempre encontraban las mismas respuestas.

La búsqueda empezaba a ser desalentadora y estaban a punto de perder la confianza. Pero un día, casi de casualidad, un estrecho sendero les condujo hasta un pequeño valle donde reinaba un silencio sepulcral. Ni siquiera se escuchaba el canto de los pájaros.

–Extraño lugar –comentó Arturo–. Nunca he estado en un sitio tan silencioso. Tengo un mal presentimiento.

–Ojalá encontremos algún poblado –respondió Crispín–. Necesitamos provisiones. Además, está anocheciendo y va a haber tormenta.

Siguieron el camino que se internaba en un bosque hasta que, entre la vegetación, se toparon con un hombre que cuidaba ovejas.

–¿Podéis indicarnos un lugar para pernoctar? –le preguntó Crispín–. ¿Hay algún pueblo cercano?

–Al final de este sendero hay un villorrio. Pero no es recomendable. ¡Está embrujado!

–¿Cómo se llama ese poblado?

–Nadie recuerda su verdadero nombre. Ahora lo llaman Boca del Diablo –respondió el hombre–. La miseria se ha apoderado de él, lo han maldecido. Se ha convertido en la escoria del reino de Rugiano. La tierra tiembla, está hendidada y sus grietas arrojan fantasmas y monstruos. ¿Lo veis allá abajo?

Escudriñando entre los árboles, Crispín distinguió los tejados del pueblo, compuesto por una treintena de casas.

–No es un buen día para visitarlo. Por vuestro propio bien, os aconsejo que deis un rodeo. He oído gritos durante toda la noche. Es un mal augurio –añadió el pastor.

–Gracias por vuestro consejo, buen hombre, pero no tememos a fantasmas ni a hechiceros –respondió Arturo, espoleando a su caballo.

El pastor observó cómo los dos jinetes se alejaban pendiente abajo. Cuando los perdió de vista, volvió a lo suyo y reagrupó a sus ovejas, que se habían esparcido más de la cuenta.

–¡Volved aquí! –gritó–. ¡Venid a mi lado antes de que los fantasmas de esta tierra maldita acaben con nosotros!

Cuando se acercaban a las primeras casas, Crispín se dio cuenta de que pasaba algo inusual.

–Creo que hay soldados, Arturo –advirtió el escudero–. Me parece que no llegamos en buen momento.

–Cuéntame todo lo que veas –le pidió el caballero ciego.

Llegaron a la plaza del pueblo, donde se llevaba a cabo un espectáculo estremecedor: sobre una pila de ramas y encadenada a un poste de madera, se encontraba una muchacha ensangrentada. A su lado, un verdugo que sujetaba una gran antorcha, estaba dispuesto a prender la pira en cuanto le dieran la orden. Cerca de treinta soldados rodeaban a la joven con las lanzas preparadas, listos para impedir la intervención de los habitantes de Boca del Diablo. Montado en un caballo, provisto de cota de malla, el capitán Voracio gritaba:

–¡Esta prisionera ha sido hallada culpable de prestar ayuda a los alquimistas! ¡La tierra se mueve por culpa de sus hechizos! ¡Atrae a esos seres que salen de los agujeros del infierno! ¡Ha enviado sortilegios oscuros contra nuestro rey Rugiano!

La mujer tenía la cara amoratada y presentaba signos de haber sido torturada. Tenía la ropa destrozada y la mirada extraviada. Apenas se sostenía en pie. Crispín aprovechó la pausa del oficial para describirle a Arturo los pormenores.

–¡Por eso, esta bruja está condenada a morir en la hoguera! –añadió el capitán–.

¡Será quemada viva por bruja!

La fiel descripción que Crispín hacía de aquella escena y los gritos que llegaban hasta sus oídos, despertaron un violento recuerdo en la mente de Arturo. Para él, aquella mujer a la que estaban a punto de ajusticiar hacía las veces de Alexia. Rememoró cómo, meses atrás, en la ciudad de Orinox, la había liberado instantes antes de que falleciera asfixiada. Y se irritó.

–¡Si alguien quiere defenderla o avalar su inocencia, puede hacerlo ahora! –gritó Voracio, convencido de que nadie osaría salir en su apoyo.

No se alzó ni una sola voz.

–¡Verdugo, preparado!

–¡Un momento! –gritó Arturo, mientras levantaba la mano derecha–. ¡Yo respondo por ella!

El capitán, que estaba a punto de dar la orden al verdugo, se quedó de piedra.

–¿Qué? ¿Quién osa interrumpir una acción de justicia de los soldados del rey?

–¡Yo, señor! Me llamo Arturo Adragón y quiero conocer las pruebas que condenan a esta mujer a la hoguera.

–¿Por qué ocultáis vuestro rostro tras una máscara? ¿Acaso sois un perseguido de la justicia?

–Soy un caballero y no tengo nada que ocultar –respondió Arturo–. ¡Mostradme esas pruebas!

Un rumor se extendió entre la pequeña población. El inesperado incidente podía traer malas consecuencias al pueblo entero.

–¡Ella provoca temblores de tierra con la ayuda de los alquimistas! –gritó el capitán, visiblemente irritado–. ¡Hemos examinado las pruebas y la hemos hallado culpable! ¡Debéis saber que estáis a punto de hacerle compañía, caballero Adragón!

–¡Quiero que la soltéis ahora mismo! –ordenó Arturo.

–¿Con qué fuerzas contáis para hablar así?

–¡Con las que mi nombre indica! ¡Y con mi espada!

–¡Y con mi maza! –añadió Crispín.

–¡Sargento! ¡Detened a estos dos cómplices de la condenada y atadlos junto a ella!

Arturo desenfundó su espada y preparó su escudo. Crispín, a su izquierda, armado con su maza, adoptó una posición de combate.

–Solo son unos treinta soldados –explicó el joven escudero–. Y un verdugo... Y el capitán...

–No permitiremos que ajusticien a esa chica en nuestra presencia. ¿Verdad, Crispín?

–No, mi señor. No lo permitiremos.

El sargento, acompañado de diez hombres, se acercó a los extranjeros, con las lanzas dispuestas para ensartarlos si se resistían.

–¡Podéis elegir, caballeros! –dijo–. ¡O bajáis de los caballos ahora mismo o pido a mis hombres que os obliguen!

–¡Venid vos mismo a cumplir esa amenaza! –le retó Arturo.

–¡No queremos matar a nadie! –le avisó Crispín–. ¡Es mejor que soltéis a esa mujer, tal y como mi señor os ha ordenado!

–¡Solo cumplimos órdenes del rey! –respondió el capitán–. ¡Rendíos ahora mismo!

Los soldados dieron un paso adelante y la espada alquímica describió un tajo rasante que cortó la punta de dos lanzas. Mientras, la maza de Crispín golpeaba la mano de un soldado que se había aproximado demasiado.

–¡Vamos! –ordenó el sargento–. ¡A por ellos!

Los soldados, que conocían y temían la ferocidad de su capitán, se lanzaron con decisión contra los dos extraños, convencidos de que acabarían con ellos sin problemas. Arturo y Crispín hicieron avanzar sus caballos y obligaron a los soldados a separarse, lo que les hizo perder confianza en sí mismos. Entonces, empezó la lucha.

A pesar de que estaban en inferioridad de condiciones, Arturo y Crispín hicieron retroceder a sus enemigos. El sargento llamó a otros seis soldados que abandonaron la protección de la hechicera y se abalanzaron con arrojo hacia los dos intrusos.

Arturo y Crispín se habían limitado a mantenerlos a distancia; no querían matar a nadie, pero tampoco estaban dispuestos a morir. Un soldado temerario fue atravesado por la espada de Arturo y otros dos cayeron al suelo tras recibir el mamporro de la maza del escudero. Los soldados, que vieron a sus compañeros envueltos en sangre, se enfurecieron.

–¡Matadlos! –ordenó el capitán–. ¡Matad a esos dos!

Arturo arremetió con más fuerza, acabando, inexorablemente, con la vida de otros dos. Crispín terminó con un tercero.

Como las cosas no le iban bien, el capitán Voracio tomó una horrible decisión:

–¡Verdugo! ¡Lanza la antorcha! ¡Quema a esa hechicera! ¡No la liberarán!

El verdugo cumplió la orden y arrojó la antorcha a los pies de la prisionera. En pocos segundos, la mujer estaba envuelta en llamas y un humo negro la rodeaba. Seguramente, moriría asfixiada.

–¡Mi señor, han encendido la pira! –gritó Crispín–. ¡Hay que liberarla!

–¡Adragón! –gritó Arturo, mientras separaba ligeramente la máscara de su rostro

para facilitar su salida-. ¡Sálvala!

Mientras la gente se preguntaba qué ocurría en la frente del caballero de la máscara, el dragón se despegó y emprendió el vuelo. Unos creyeron ver un espejismo; otros, que se había interpuesto un pájaro, pero algunos supieron de inmediato que se trataba de hechicería.

-¡Eres un brujo! -gritó el capitán, al observar cómo el pájaro negro volaba hacia la mujer, que estaba a punto de ser envuelta por las llamas-. ¡Acabarás en la hoguera, como ella!

-¡Soy un caballero protegido por el Gran Dragón! -respondió furioso Arturo-. ¡Soy un caballero que no mata mujeres!

Adragón se había acercado a la prisionera. Con los dientes, había retorcido las cadenas hasta hacerlas añicos. Crispín se dio cuenta de que la chica iba a perder el conocimiento de un momento a otro, así que dirigió su caballo hasta donde ella se encontraba. Cuando llegó a la pira, desmontó, se adentró en el fuego y la cogió en brazos. Los soldados que le perseguían, admirados por su valor, bajaron las armas. Pero Voracio les presionó para que siguieran adelante.

-¡Matadlos y arrojadlos al fuego! -ordenó-. ¡Quiero ver cómo arden!

-¡Capitán! -gritó Arturo-. ¡Ven a por mí, si te atreves! ¡Ven!

Crispín depositó a la joven en el suelo mientras Adragón mantenía a raya a los soldados. Estos, que aún estaban desconcertados, no se atrevían a acercarse al dragón negro que, mostrando sus dientes, les impedía el paso. El sargento Simbolius trataba de tapar el tajo que Arturo había abierto en su brazo.

-¡Voy por ti, maldito entrometido! -gritó el capitán, que no podía rehusar la invitación de Arturo-. ¡Acabaré contigo!

-¡No eres capaz de matar a un hombre armado, miserable! -respondió Arturo, mientras agudizaba todos sus sentidos para tratar de calcular a qué distancia se encontraba y cuáles eran los movimientos de su adversario.

Ambos cruzaron las espadas con gran estruendo. El oficial, de manera fortuita, golpeó la máscara de Arturo. Cuando esta cayó al suelo, su sonido metálico retumbó sobre las piedras.

La cara de Arturo quedó al descubierto y un clamor de asombro se extendió por toda la plaza. La gente le miraba aterrorizada. ¡El caballero negro no tenía ojos! ¡Un hombre ciego que luchaba con semejante destreza tenía que ser, a la fuerza, maléfico!

Superando la repulsión que el rostro de Arturo le producía, el oficial arremetió con más fuerza. Los aceros lanzaban chispas debido a la dureza con la que se libraba el combate.

El capitán notó una fuerte punzada y se preocupó. ¡Arturo acababa de romperle su poderosa cota de malla y le había rasgado el costado!

–¡Vas a morir, perro! –exclamó Voracio, agitando su espada con más furia que habilidad–. ¡Nadie hiere a un capitán del rey!

–¡Inténtalo, capitán! –rugió Arturo, enfurecido por el innoble acto de ordenar al verdugo que matase a la chica.

Arturo le hizo creer que solo manejaba la espada con destreza por el lado derecho. El torpe oficial se confió y poco después recibió un mandoble desde la izquierda que le rajó el cuello. Al principio se quedó paralizado, pero poco a poco su cuerpo empezó a perder el equilibrio y se cayó del caballo, produciendo un gran ruido al golpear el suelo empedrado de la plaza. El sargento acudió presto en ayuda del oficial, pero el capitán Voracio ya estaba muerto. Todos los soldados se quedaron quietos, a la espera de órdenes. Ninguno estaba dispuesto a poner su vida en peligro, a menos que les obligaran a hacerlo.

Entonces, la tierra tembló.

II

DETENCIÓN ILEGAL

Me llamo Arturo Adragón y siempre he vivido en la Fundación, una gran biblioteca medieval que pertenece a mi familia desde hace cientos de años. Ahora, mientras mi padre está en el hospital, vivo en casa de Metáfora...

ACABO de despertarme y trato de situarme en la realidad que, como no es muy estimulante, hace que volver de mis ensoñaciones me resulte muy difícil. Espero no estar volviéndome loco, como mi abuelo.

Tengo la cabeza llena de batallas medievales, secuestros, traiciones, asesinatos, hechicería y desesperación... Creo que Arturo Adragón, el personaje de mis sueños, está peor que yo.

Metáfora me enseñó anoche su cuerpo lleno de letras, que son iguales que las mías. A pesar de mis preguntas, no he conseguido averiguar su procedencia. Ni ella misma lo sabe.

Ahora, mientras desayunamos, planeamos ir al hospital a hacer una visita a papá y a Norma. Con solo pensar en lo cerca que ha estado de la muerte, me tiemblan las piernas.

–Estoy preocupado –digo mientras abro una caja de donuts–. Hace tiempo que no sabemos nada del general Battaglia.

–Seguro que está bien –responde Metáfora, a la vez que me sirve un café–. Cualquier día aparecerá por aquí. Ya lo verás.

–Tienes razón, pero a veces echo de menos sus consejos.

–Lo sé, Arturo, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados, esperando. Tenemos que seguir con nuestros asuntos. ¿Te parece que después del hospital pasemos por el cementerio? La búsqueda de la tumba de mi padre me está quitando el sueño.

–Tranquila, daremos con ella, te lo prometo.

Metáfora me mira agradecida y me toma de la mano.

–Bueno, y de tu amigo Horacio, ¿qué me cuentas? –bromeo para quitar un poco de hierro al asunto.

–¡Sabes perfectamente que no quiero nada con él! –dice mientras se hace la enfadada. Ella también está de broma.

–Anda –digo con una sonrisa de oreja a oreja–, pues bien que le utilizaste para ponerme celoso.

–¡Y tú coqueteabas con Mireia! ¿O no te acuerdas?

Estoy a punto de seguir con el pique, pero suena el timbre de la puerta.

–¡Qué raro! ¿Quién puede ser a estas horas? –dice Metáfora mientras se levanta. Abre la puerta y escucho la voz de un hombre.

–¿Vive aquí Arturo Adragón?

–Sí, ¿qué quieren?

–¿Está aquí ahora?

–Sí, pero...

Es extraño que alguien venga a buscarme aquí. Casi nadie sabe que vivo en esta casa. Como no sea alguien del instituto...

–Arturo, ¿puedes venir un momento, por favor? –me pide Metáfora.

Me acerco a la puerta, donde dos agentes de policía uniformados esperan con un papel en la mano.

–¿Arturo Adragón? –pregunta uno.

–Sí, soy yo.

–¿Puede venir con nosotros a comisaría? El inspector Demetrio quiere hablar con usted.

–¿Tan urgente es?

–Tiene que acompañarnos ahora –dice el otro agente, agitando una hoja–. Tenemos una orden de detención contra usted.

Metáfora y yo nos miramos sin comprender nada.

–Yo no he hecho nada...

–Tenemos que llevarle a comisaría –interviene cortante el primer policía–. O viene por las buenas o le llevamos esposado. ¿Qué prefiere?

–Vamos, yo te acompaño –dice Metáfora–. Ya habrá tiempo de aclarar este embrollo.

–No lo entiendo –refunfuño–. No hay motivos.

–Tenga cuidado con lo que dice –me advierte el segundo agente–. Es mejor que se mantenga en silencio. En comisaría podrá decir todo lo que quiera.

–Metáfora, llama a Adela –le sugiero–. Que venga a buscarme.

* * *

El comisario Demetrio me mira como si yo fuese culpable de todo lo peor que ocurre en el mundo. Hay mucho desprecio en su mirada.

–El señor Stromber te ha denunciado por amenazas –dice, mostrando una carpeta de documentos–. Tiene testigos que aseguran que le has amenazado de muerte.

–Eso es una tontería –digo–. Yo no he amenazado a nadie. ¡Miente!

–Tengo dos alternativas. O te encierro hasta que te juzguen o te dejo en libertad bajo la promesa de que no volverás a acercarte a él.

–También puede pedir una orden de alejamiento en sentido contrario, para que él no se acerque a la Fundación... o lo que queda de ella.

–Arturo, no estás en condiciones de ser sarcástico. Esta denuncia te puede costar cara –advierte en plan paternalista.

–Usted sabe muy bien que esa acusación es una falsedad –respondo–. Yo no he hecho esa amenaza ni ninguna otra.

–Tú nunca sabes nada –dice en tono irónico–. ¿A que tampoco has oído hablar de la explosión de un coche que se produjo en la zona residencial hace unas noches? ¿Verdad que no sabes nada?

–Comisario, no querrá responsabilizarme de todo lo que ocurre en Férenix, ¿verdad?

–Férenix se está llenando de maleantes que creen que aquí pueden hacer lo que les venga en gana –responde, tras dar un sorbo a su taza de café–. Pero se equivocan. Férenix aprecia mucho su tranquilidad. Y nadie la pondrá en peligro.

–¿Qué tengo yo que ver con todo eso, inspector?

–¡Te lo voy a explicar! –exclama, removiéndose en su silla–. Últimamente están pasando cosas muy raras. Esa bomba en la Fundación, el coche que explotó... Mi olfato me dice que estás involucrado hasta el cuello en esos sucesos.

–¡Eso es una locura, inspector! ¡Usted delira!

–¡No! ¡Sé lo que digo! ¡Sé lo que pretendes! ¡Menos mal que hay gente como Stromber, Del Hierro y otros que nos han alertado sobre ti y tus amigos!

–¿Amigos? ¿Qué amigos? ¿A quién se refiere? ¿De qué habla?

–No hace falta que disimules conmigo. Lo sabes muy bien... Lo sabes perfectamente.

En ese momento, un agente llama a la puerta.

–Perdone, comisario, pero hay una señorita que quiere entrar. Se llama Adela... Demetrio sonrío irónicamente.

–Adela Moreno... Sí, ya sé quién es. Dígale que pase.

El agente deja entrar a Adela, que viene hecha una furia.

–¡Quiero ver esa orden de detención! –exclama-. ¡Ahora mismo!

–¿Orden de detención? Usted se equivoca, solo es una citación –explica Demetrio.

–Pero el agente dijo que venían a arrestarme –digo.

–¡Ha abusado usted de su cargo, comisario! –grita Adela-. Voy a quejarme a sus superiores. ¡Hablaré con quien sea necesario!

–Vamos, vamos, no hace falta armar tanto escándalo por un malentendido –responde Demetrio para tranquilizarla-. No se ponga así, señorita Adela. A su jefe, el señor Stromber, no le va a gustar enterarse de que ha entrado usted en mi comisaría de este modo.

–¡Y a nuestros abogados no les va a gustar saber que ha arrestado ilegalmente a un chico! –responde Adela-. ¡Esto le va a costar un disgusto!

–¿Arrestado? Le digo que se equivoca –insiste Demetrio-. Solo quería hacerle algunas preguntas.

–Bueno, ¿qué va a hacer conmigo? ¿Me va a encerrar o qué? –le increpo, deseoso de terminar esta horrible reunión-. ¡Dígamelo ya!

–Te voy a dejar libre. Tus abogados tardarían pocas horas en sacarte de la cárcel. Pero no te vayas del país sin mi permiso. Sabemos lo que pretendes, Arturo Adragón, pero no te lo vamos a permitir. Adiós, señorita Adela. Buenos días.

* * *

Metáfora, Adela, y yo hemos entrado en una cafetería para ordenar nuestras ideas. Patacoja acaba de llegar. Ha venido en cuanto le hemos llamado por teléfono. Pedimos unas consumiciones y esperamos a que nos las sirvan.

–¡Es inaudito! –exclama Adela-. Nunca he visto nada igual. ¡Y encima dice que solo era una citación!

–Yo he oído muy bien cómo el agente decía que era una orden de arresto –explica

Metáfora.

–¿Os dieron copia de esa orden? –pregunta Patacoja.

–No, pero...

–Entonces no hay nada que hacer –dice nuestro amigo–. Dirán que lo entendisteis mal.

–Pues yo os digo que vinieron a arrestar a Arturo –insiste Metáfora.

–Eso ahora ya no importa –explica Adela–. Lo que hay que hacer es descubrir a qué viene ese acoso por parte del comisario. Es evidente que persigue algo.

–O que actúa por orden de alguien –digo.

–¿En quién piensas? –pregunta Patacoja.

–En Stromber. Lo ha nombrado. Lo conoce y forma parte de su plan –afirmo–. Estoy seguro de que son amigos y cómplices.

–Pero ¿por qué? –pregunta Adela–. ¿Qué buscan? ¿Qué pretenden? ¿Para qué hacen todo eso?

–Stromber dijo que quería ser Arturo –nos recuerda Patacoja–. Sabemos que quiere ocupar tu lugar.

–Ya, pero eso es una fantasmada. Lo dice en sentido figurado, ya que no puede ser de otra manera –dice Metáfora–. ¿Qué quiere decir eso de que quiere ser Arturo?

–Quiere quedarse con la Fundación –digo escuetamente–. Se refiere a eso.

–La Fundación ya no existe. Seguro que piensa en otra cosa –dice Patacoja.

–A ver, Juan, cariño, ¿a qué otra cosa crees que se puede referir?

–¡El apellido! –exclama de súbito Metáfora–. ¡Quiere quedarse con el apellido Adragón! ¡Eso es lo que quiere!

–Para eso no le hace falta la complicidad de Demetrio –deduce Adela–. Eso es una cuestión legal que se resuelve con abogados, en juicios. ¡Hacedme el favor de no divagar, que nos vamos a volver locos!

–¿Locos? ¿Que vengan dos policías a detenerte es volverse loco? –pregunto.

–Lo que quiero decir es que hay que pensar en cosas concretas –explica Adela–. Stromber quiere algo preciso. Y si Demetrio es socio suyo, tiene que ser por algo tangible, no por un apellido o un trastorno de la personalidad. ¿Entendéis lo que quiero decir?

Yo sé que Adela tiene algo de razón. Pero ella no sabe lo que nosotros sabemos. Y es muy difícil explicárselo. Si se lo contáramos todo, pensaría que estamos locos.

–Adela, ¿tú crees en la inmortalidad? –le pregunto.

Me mira desconcertada.

HA LLEGADO EL MOMENTO
DE QUE TODOS LOS SECRETOS SALGAN A LA LUZ.

HA LLEGADO EL MOMENTO DE DERROTAR
A LOS ENEMIGOS DE UNA VEZ Y PARA SIEMPRE.

HA LLEGADO EL MOMENTO DE ASUMIR
LA MUERTE DE ALGUNOS SERES QUERIDOS.

PARA ARTURO ADRAÇÓN Y EL EJÉRCITO NEGRO
HA LLEGADO EL MOMENTO DE LA VERDAD.



A la venta el 15 de abril de 2009

MARCELO
PEREZ